

TIEMPO NAVIDAD. BAUTISMO DEL SEÑOR. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 3,13-17

En aquel tiempo, fue Jesús desde Galilea al Jordán y se presentó a Juan para que lo bautizara.

Pero Juan intentaba disuadirlo diciéndole:

-Soy yo el que necesita que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?

Jesús le contestó:

-Déjalo ahora. Conviene que así cumplamos toda justicia

Entonces Juan se lo permitió. Apenas se bautizó Jesús, salió del agua; se abrió el cielo y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre Él.

Y vino una voz del cielo, que decía:

-Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto.

LA JUSTICIA QUE SALVA, LA MISERICORDIA

Hoy celebramos la Fiesta del «Bautismo del Señor» y el Evangelio nos presenta una escena sorprendente: «*Jesús llega a la orilla del río Jordán para que Juan lo bautice*». Es «*la primera vez que Jesús aparece en público*» después de su vida oculta en Nazaret.

El bautismo era un rito con el que «*la gente se arrepentía y se comprometía a convertirse*». Un himno de Laudes de la Fiesta del Bautismo del Señor dice que la gente que se bautizaba iba «*con el alma descalza y descalzos los pies*», es decir, sin ocultar nada, con humildad y con el corazón transparente.

Vemos que Jesús, el Santo de Dios, el Hijo de Dios sin pecado, se mezcla con los pecadores para bautizarse y eso nos cuesta entender. Y nos preguntamos: «*¿por qué Jesús tomó esta decisión?*» La respuesta la encontramos en el propio Evangelio, en las palabras que Jesús dirige a Juan cuando este intenta disuadirle de que se bautice: «*Déjalo ahora. Conviene que así cumplamos toda justicia*». Cumplir toda justicia: ¿Qué quiere decir?

Jesús haciéndose bautizar por Juan, «*nos desvela la justicia de Dios, la justicia que Él ha venido a traer al mundo*». Muchas veces tenemos una idea limitada de la justicia y pensamos que significa que el que se equivoca, paga, y así repara el mal que ha hecho. Pero la justicia de Dios no es así, es mucho más grande: «*no tiene como fin la condena del culpable, sino su salvación*». «*Cambiarlo de injusto a justo*».

Es la justicia que «*proviene del amor*», de esas entrañas de compasión y misericordia que son el corazón mismo de Dios Padre, que «*se commueve cuando caemos bajo el peso de nuestros pecados y fragilidades*».

Como afirma el apóstol Pablo la justicia de Dios no busca distribuir penas y castigos sino que «*trata de hacernos justos a nosotros, sus hijos librándonos de las ataduras del mal, sanándonos, levantándonos*». El Señor está «*siempre con la mano tendida*» para ayudar a levantarnos.

Jesús ha venido para mostrarnos que la justicia divina es salvar a los pecadores «*tomando sobre sus hombros el pecado del mundo y descendiendo a las aguas del abismo de la muerte*», para recuperarnos e impedir que nos ahoguemos.

Jesús nos muestra hoy que «*la verdadera justicia de Dios es la misericordia que salva*», el «*el amor que comparte*» con nuestra condición humana, que se hace cercano, solidario con nuestro dolor, entrando en nuestras oscuridades para restablecer la luz. Quizás nos sorprenda una justicia misericordiosa, pero es así, porque «*Dios es misericordia y su justicia es misericordia*». Dejemos que Él nos coja de la mano.



Y en sintonía con Dios, también nosotros, discípulos de Jesús, estamos «*llamados a ejercer de este modo la justicia en las relaciones con los demás*», en la Iglesia, en la sociedad. «*No con la dureza de quien juzga y condena*» dividiendo las personas en buenas y malas, sino «*con la misericordia de quien acoge*» compartiendo las heridas y las fragilidades de las hermanas y de los hermanos para levantarlos.

«*Hagamos como Jesús*», compartamos las cargas de la vida. «*Llevemos las cargas, los unos de los otros*», en vez de chismorrear y destruir. «*Mirémonos con compasión y ayudémonos mutuamente*».

Y aquí surgen las «*preguntas*». ¿Soy una persona que divide o una persona que comparte? ¿Soy un discípulo del amor de Jesús o un discípulo del chismorreo que divide? «*El chismorreo es un arma letal: mata, mata el amor, mata la sociedad, mata la fraternidad*».

«*Recemos a la Virgen*», que dio a la luz a Jesús sumergiéndolo en nuestra fragilidad para que recuperásemos la vida, nos ayude también a nosotros. ¡Que así sea!